

tan loables trabajos y ejemplos de virtud, como fueron los de sesenta años que este gran siervo de Dios estuvo en la religión de la Compañía de Jesús, á la cual su Majestad con tan singulares impulsos como los que quedan dichos llamó. Murió el año de 1632, de 80 de edad, los 42 en el grado de Profeso de cuatro votos de nuestra sagrada religión. Fué sentida su muerte en toda la ciudad de México de muchas personas que lo conocían y estimaban su santidad, los cuales con su presencia honraron el entierro de tan señalado varón.

CAPITULO XXIX.

VIDA Y HEROICAS VIRTUDES DEL PACIENTÍSIMO

P. GASPAR DE MENESES, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. AÑO DE 1633.

Confieso que entro con temor de poder declarar la eminencia de virtudes de este santo varón, porque aunque fui testigo de ellas viviendo en nuestro Colegio de México, donde este gran siervo de Dios vivió los diez años postreros de su vida dando excelentísimos ejemplos de toda virtud, y en especial de una heroica paciencia y conformidad con la divina voluntad en las gravísimas y extraordinarias enfermedades que padeció; con todo, esos dolores y la grande paciencia con que los sufrió tantos años fueron tales, que no son fáciles de poderse explicar. Pero porque no se quede por escribir su vida, que será de edificación y de un varón á quien quiso Dios ejercitar, perfeccionar y afinar con tan singulares enfermedades y aficciones los tres años últimos de su edad. Comenzaremos por los primeros de su vida, y digo que nació el P. Gaspar de Meneses de padres muy honrados en la Puebla de los Angeles, los cuales lo enviaron á Salamanca para que en aquella insigne Universidad se aventajase en letras, y por ese medio alcanzase puesto y ocupación con que honrase y ayudase á sus padres y parientes. Pero Nuestro Señor, que lo quería mejorar de pretensiones humanas y trocárselas en divinas, le mudó los intentos y se los inspiró para que se entrase en la Compañía, y obedeciendo á la voz de Dios, la pretendió y consiguió, y fué recibido en la Provincia de Castilla, donde acabó su noviciado y estudió hasta el segundo año de Teología con mucho aprovechamiento en virtud y letras.

En este tiempo había ido por Procurador á Roma por nuestra Provincia mexicana el P. Pedro de Hortigoza, el cual quiso volver al Hermano Gaspar á las Indias por lo mucho que como natural de ellas podría ser aquí de provecho. Llegado á México prosiguió sus estudios, y los acabó felizmente con mucha edificación de los de fuera y los de casa que le amaban y estimaban por su trato, que siempre fué muy religioso, apacible, modesto y grave; ordenado de sacerdote y como quien el haber vuelto de España á Provincia donde era su patria, había sido con deseo de emplearse en la ayuda de las almas de los pobres indios. Luego tomó muy á pechos el aprender la lengua mexicana, y salió en ella tan aventajado, que fué de las más eminentes lenguas que hubo en este tiempo en todo el Reino; aplicóse á los ministerios de los indios, humildes á los ojos de carne, pero muy gloriosos á los

ojos de Dios. Ayudábales con particular agrado y provecho de sus almas, predicándoles y confesándoles muchos años, y aun se adelantó á más en ayudar á esta pobre gente, porque siendo diestro en el canto y punto de órgano el devoto y humilde Padre, no se desdeñaba de enseñar á cantar á los inditos colegiales de San Gregorio, porque se celebrasen con más solemnidad las Misas en esta Iglesia, y el culto divino en particular para con los indios se aumentase. Para lo cual también procuró y adquirió mucho de ornamentos y alhajas para su sacristía é Iglesia. Y era tal la afición que á este santo ministerio tenía, que aun en tiempo de la gravísima enfermedad (que como abajo diremos padeció), teniendo no sólo las manos y los pies sino la lengua también impedida, con todo, á los inditos que acudían á su aposento se entretenía de la manera que podía en enseñarles la doctrina.

No se encerraba el celo santo del Padre en los términos de la ciudad ó puesto donde residía, sino que se extendía y dilataba fuera, haciendo sus correrías por los pueblos y beneficios de los clérigos para ganar almas á Dios. En una de estas correrías y salidas redujo gran número de idólatras solapados y encubiertos á la luz de la verdad de nuestra santa fe; porque habiendo salido con otro Padre á un pueblo, el cual tenía fama de bien doctrinado y morigerado, predicó en él gran parte de la Cuaresma, confesó lo más del pueblo, y acercándose la Semana Santa, por medio de los sermones y exhortaciones de los Padres, se dignó la divina bondad de alumbrar á toda aquella gente ciega y descubrir el grande mal y daño que el enemigo del género humano en ella tenía encubierto. Porque los más del pueblo eran idólatras y por consiguiente viciosísimos y de estragadas costumbres, y ya rendidos con la fuerza de la palabra divina reiterando las confesiones mal hechas, se volvieron muy veras á Dios entregando á los Padres los idolillos y retratos de la bestia infernal en tan gran número, que trajeron los Padres una carga de ellos como trofeo de su victoria y despojos del enemigo vencido; y muy alegre el P. Meneses de haber cogido tan preciosos frutos de sus ministerios y empleos con los pobres indios, lo cual era tanto más de estimar en el Padre cuanto le sobraban buenas partes y talentos para cosas de más lustre. Porque es cierto que lo tenía muy bueno de púlpito para con los españoles, y las veces que predicó en la lengua castellana (que no fueron pocas) fué muy á provecho y satisfacción de los oyentes y de los Superiores, acreditando sus casas é Iglesias con sus sermones y doctrina y aun en lo temporal, cuando había necesidad les ayudaba mucho, recogiendo limosnas y no perdonando ni rehusando por esta causa andar muy largos caminos. A Guatemala sucedió enviarle una vez, distante trescientas leguas de México, y aceptó esa jornada con mucha voluntad el buen Padre, el cual iba sembrando por los caminos no menos la semilla de la palabra divina, que buenos ejemplos dignos de un religioso muy hijo de la Compañía, por cuya honra y buen nombre siempre el Padre miró con muy grande atención y cuidado.

En prueba de lo cual es digno de contar aquí un caso singular que le acaeció en uno de estos caminos; llegó un día á hospedarse en casa de un hombre honrado, el cual con mucha caridad le acogió y regaló. Pero el demonio que siempre anda en perpetuo desvelo de nuestra perdición y ruina, encendió en el pecho de la señora de la casa un

tal fuego de torpes pensamientos, que aficionada á la buena apariencia y presencia del Padre (que era de hermoso talle y aspecto, aunque grave), atreviéndose á hurtarse á media noche del lado de su marido que estaba durmiendo, se fué al aposento donde el Padre descuidado de tal suceso descansaba, y le manifestó sus dañados intentos y torpes deseos; el Padre, sintiendo ruido, recordó, y habiendo oído la loca demanda quedó sobresaltado sobremanera de caso tan no pensado, y acogiéndose á la oración pidiendo á Nuestro Señor le sacase libre de aquel infernal incendio, y suplicándole que diese fuerza á sus palabras para apagar con ellas las torpes llamas que habían prendido en el corazón de aquella mujer ciega y engañada, oyó Nuestro Señor á su siervo, y díjole tales razones y palabras, que contrastaron la prolija batería y mudaron los dañados intentos de la errada mujer, la cual ya arrepentida, apenas había salido del aposento del Padre, cuando el marido, que la había echado menos, entrando en él con una luz en la mano y con la espada desnuda debajo del brazo y fingiendo sobrado cuidado y desvelo del hospedaje y comodidad del Padre, le preguntó si había menester algo. Y con eso, dando una vuelta á todo el aposento y no hallando lo que buscaba, se tornó á salir fuera, dejando al Padre por una parte suspenso y atónito considerando el peligro en que su honra y vida habían estado, y muy reconocido al singular favor y protección con que la divina Bondad le había librado de la muerte del alma y cuerpo, librándole primero de aquel incendio infernal y después de los filos y aceros de la espada de su huésped, que con tanta caridad le había hospedado en su casa; y para pagar de contado á Dios y retornarle algún servicio en muestra de su agradecimiento, se levantó luego y tomó una recia disciplina, añadiendo trofeos á trofeos y victorias á victorias alcanzadas de su carne con el socorro del cielo, y para mostrarse más fiel al Señor, habiéndose levantado á la mañana, dispuso con santa doctrina y disimulación al marido y á la mujer para que se confesasen, dando bien á entrambos por el mal que cada cual (aunque por fines diversos) le maquinaron, y ganando para Dios el alma que á él tan lastimosamente había querido mancharlo y destruirlo, y sin querer tomar un solo bocado se partió luego de allí, huyendo de la ocasión como sabio.

Muy bien prueba este caso el temor santo de Dios que moraba en el corazón del P. Gaspar, para enfrenar los apetitos de la carne, y testificaban de él sus confesores, que era tal la estima y aprecio que tuvo de la pureza y honestidad, que la miraba y procuraba como divisa de ángeles, como nos lo encarga en sus reglas nuestro Padre San Ignacio, y demás de eso el cuidado de la honra y buen nombre de su madre la Compañía (desvelo muy propio de los verdaderos hijos de ella), y fué tan grande en este Padre este amor y cuidado de la honra de la Compañía, que le hacía sentir y aun llorar cuando sabía que alguno había faltado de su vocación y vuelto las espaldas á Dios, y al contrario, el alegrarse y gozarse como de propio logro cuando alguno salía bien de cualquier acto público, diciendo: bendito sea Dios que hay quien acredite y honre á nuestra madre la Compañía, ya que yo no lo he hecho; lo cual decía el Padre por su humildad, porque cierto fué que siempre la acreditó esmerándose en hacer con puntualidad y satisfacción cuanto ella le encomendaba. Esto se vió las veces que se le encargó algún oficio de Superior y Visitador de las Misiones, saliendo de él con

nombre de hombre muy prudente y cuidadoso del aumento así espiritual como temporal de las cosas que tuvo á su cargo.

Y aquí llegamos al principio y origen de la gravísima enfermedad, dolores y aficciones que por muchos años sufrió este santo varón, y por cuya causa se le pudo dar el título como á otro santo Job, de pacientísimo en sufrir enfermedades y dolores. Porque siendo Rector de la Nueva Veracruz, puerto de la Nueva España, se emprendió en la ciudad un tan grande y furioso incendio nocturno, que alentado con la fuerza de un recio norte, gran parte de la ciudad (que en aquel tiempo sus casas y la nuestra con su Iglesia eran de madera), la volvió en ceniza, no escapándose nuestra casa del voraz incendio que cundía y volaba por la madera como en seca y bien dispuesta materia. El Padre como Superior á quien más de lleno tocaba el mal y daño de aqueste fuego, por librar las alhajas de casa y sacristía, trasnochó en el remedio y sudó tanto, que por una parte con el calor del incendio, y por otra con el viento fuerte que corría, se resfrió ó se le destempló el cuerpo, de suerte que desde entonces le apuntó una perlesía que si bien á los primeros años le dejaba decir Misa y ejercitar los demás ministerios, mas después se fué apoderando y cobrando tantas fuerzas, que no siendo bastantes muchos y eficaces remedios para atajarla, derribó á este siervo de Dios en una cama, privándole del uso de todos sus miembros y acciones humanas, principalmente los 6 años últimos de su vida, que estuvo en nuestro Colegio de México, puesto donde, desde el tiempo que se fundó, parece que Nuestro Señor ha vinculado el cuidado, regalo y caridad para con todos los enfermos de la Provincia. Pero aunque esa grande caridad se ejercitaba con el Padre, con todo, por ser la enfermedad tan penosa y prolija, y haber traído consigo otros muchos achaques con que quiso Nuestro Señor ejercitar á este su siervo, tuvo bastante materia de refinar su paciencia y demostrar en el crisol de tan larga enfermedad los muchos quilates de su virtud, paciencia y merecimientos. Porque era cosa para quebrar el corazón, ver, por una parte, el tropel de enfermedades y achaques que acometieron con él al P. Gaspar de Meneses, y por otra, el sufrimiento con que á todos les hacía rostro y la conformidad que siempre mostraba con la voluntad de Dios que así lo disponía. Porque siendo así que la perlesía le tenía en perpetuo movimiento las manos doloridas, por otra parte se las tenía tan atadas que comía, vestía y acudía á otros censos de la naturaleza por mano ajena, casi sin ser señor de defenderse de un ejército de animalillos que le acibillaban, enemigos tanto más crueles, cuanto más prolijos en molestar y atormentar, y era necesario tener señalados uno ó dos muchachos indios que le acudieran para cualquier movimiento que hubiera de hacer en la cama y algunas veces para vestirlo, y principalmente para templarle el movimiento continuo y el dolor que con él sentía en los dedos y manos, frotándoselas para que tuviera algún alivio de aquel movimiento violento. Porque aunque los Padres del Colegio y Hermanos que lo visitaban hacían muchas veces este oficio, pero como muchos ratos del día estaban ocupados en otros ministerios ó en sus estudios, era necesario que algún indiecito le asistiera continuamente, lo cual era nueva pena para el Padre, que la recibía en que otros con él se ocupasen y trabajasen. Y era esto en tanto grado, que varias veces que yo le visité en el tiempo de su enfermedad de lo que se la

mentaba y aun con lágrimas en los ojos era, de que era cargoso y penoso al Colegio, yo lo procuraba consolar y hacía tan diferente concepto de lo que este pacientísimo siervo de Dios sentía, que juzgaba yo que por él nos hacía su Majestad muchas misericordias en este Colegio que estaba á mi cargo, y persuadidos estaban muchos Padres graves que el P. Gaspar de Meneses estaba padeciendo dolores y penas mayores que las que padecieron muchos mártires que pasaron al cielo por la espada, á que se añadía que los mayores trabajos y penas que padeció le duraron 6 años. Y así, aunque no tuviese la aureola de Mártir, pero sus largos y continuados merecimientos le labraron la corona de una muy aventajada gloria.

Largos ratos del día se quedaba encima de la cama cerrada la puerta y ventana á padecer á sus solas y tratar con Nuestro Señor, en lo cual gastaba largos ratos del día y de la noche, porque habiéndole cerrado Nuestro Señor todas las puertas para divertirse y tratar con los hombres, pues ni aun hablar podía con comodidad, estaba todo recogido á lo interior, haciendo sacrificio de sí á Dios, y actos de amor y conformidad con la divina voluntad, y á los Padres que le solían ir á visitar entre día, les pedía que leyesen algo del rezo divino ó libros devotos, gustando mucho de oír y tratar cosas espirituales que le pudiesen alentar al sufrimiento y paciencia los siete primeros años de su enfermedad, que no fueron tan rigurosos, aunque con trabajo podía andar en pie; y para no desmayar en él era cosa de admiración el cuidado que tenía de levantarse todos los días con la comunidad aunque hubiese pasado muy mala noche y de que lo llevasen los muchachos ó Hermanos de casa á oír Misa en la Capilla de Loreto y comulgar, diciendo que ya que no podía seguir en otra cosa á la comunidad, la quería seguir en esto, aunque fuese con algún trabajo, añadiendo que no era justo estar él acostado cuando los demás se ponían en oración, y sin duda hallaba en este Pan celestial gran dulzura por una parte, pues tanta ansia tenía de recibirle, y por otra grande aliento y fortaleza para no rendirse al peso de tantos trabajos como eran los que padecía de calenturas, dolores y llagas, los cuales le affigían más, y parece que Nuestro Señor le apretaba más los cordeles. Su continua Jacularia era, levantando el corazón al cielo, decir: Señor, si sois servido, vengan más; y estando ya oleado le dijo un Hermano que ya parecía que Nuestro Señor quería premiar su larga paciencia y muchos dolores. El Padre, apretándole la mano y riéndose, le respondió: «bendito sea Dios que llega lo que tanto he deseado, pero pésame de no haber padecido más por amor de Dios.» A esta singular paciencia añadía el Padre el ejercicio de otras virtudes, como era el agradecimiento á los que le acudían, yéndolos á visitar á sus aposentos cuando caían enfermos, aunque esto fuera con trabajo ó incomodidad suya; para ejercitar con más perfección la santa pobreza el no querer usar de licencias generales que los Superiores le habían dado, sino yendo en persona al aposento del Superior á pedir licencia para algunas menudencias; la humildad, fundamento de todas las virtudes, y muy en particular de la paciencia, diciendo que le affigía mucho el no haber servido á la Compañía y trabajado en ella con veras el tiempo que Dios le dió salud, y prueba fué de esta humildad el haber hecho á un indizuelo que levantase un pie y lo pusiese sobre la cama para besárselo pidiéndole perdón de haberle reñido con alguna aspereza por una tra-

vesura que había hecho, de lo cual el muchacho quedó tan admirado que se puso á llorar, y entrando un Hermano y hallándole así, se informó aparte de su llanto. Finalmente, queriendo Nuestro Señor llevar al P. Gaspar de Meneses al puerto del eterno descanso, después de una larga tormenta de tantos trabajos y enfermedades, dió señales ciertas de ello, porque el mal humor se le recogió al vientre y de allí poco á poco se subió al corazón; echóse de ver que el Padre estaba ya en riesgo y acudiósele luego con los santos Sacramentos de Viático y Oleo, los cuales pidió y recibió muy devotamente, conservando su juicio y sentido hasta que espiró rodeado de todos los del Colegio, que le rezaban la recomendación del alma. Acudieron á su entierro todos los estudios y los indios cantores de San Gregorio, y en señal y reconocimiento de lo mucho que le debían, le cantaron la vigilia y responso. Murió en el Señor este gran siervo de Dios y verdaderamente varón de dolores, dejando admirables ejemplos de virtud, el año de 1631 y á los 68 de su edad, y 33 de profesión de cuatro votos en la Compañía, y está enterrado en nuestro Colegio de México.

CAPITULO XXX.

VIDA Y VIRTUDES DEL P. CRISTÓBAL GÓMEZ,
QUE CON GRANDE FRUTO DE LAS ALMAS Y POR EL TIEMPO DE 30 AÑOS
EJERCITÓ
EL MINISTERIO DE LA PREDICACIÓN EN ESTA PROVINCIA.
AÑO DE 1638.

El venerable P. Pedro de Velasco, Provincial que fué de nuestra Provincia de Nueva España, siendo Rector y Maestro de novicios en el noviciado y Colegio de Tepotzotlán, donde remató el curso de su muy religiosa vida este singular predicador, recogió y escribió sus muy señaladas virtudes, de las cuales, aunque todos los que conocimos al P. Cristóbal Gómez fuimos testigos, yo aquí las referiré como el dicho Padre las escribió, que dice así: Fué el P. Cristóbal Gómez natural de Tregenal, murió de edad de 77 años, 46 de Compañía y 32 de profeso de cuatro votos. Vino de su Provincia de Andalucía en la cual fué admitido en la Compañía á esta Nueva España con el Padre Procurador Pedro de Morales el año de 1595, donde comenzó y acabó sus cursos de artes y Teología con reconocido aprovechamiento, y pasada su tercera probación, los 34 años restantes de su vida se ocupó siempre en el ministerio de la predicación en la ciudad de México y otras de las más principales de este Reino; para esta particular vocación al ministerio se dispuso de su parte el Padre, estimando mucho y dando gracias á Nuestro Señor por lo que le aliviaba de los otros cuidados y cargos del Gobierno, mostrando compasión á los que por obediencia los llevaban. El Señor, que lo llamó particularmente al oficio apostólico de predicador, le dotó de las virtudes y dones que para él se requieren, que son, el amor de Dios y el celo del bien de las almas; y de lo uno y de lo otro nacía el predicar siempre

el Padre tan al alma y con tanto fervor de espíritu, que se echaba bien de ver que ese era el fin principal de sus sermones á que le ordenaba su lengua, y que era muy claro, propio y natural, con que imprimía en los corazones de sus oyentes, que siempre eran de grandes concursos, con grande eficacia las verdades que predicaba, y pintaba los daños de los vicios y efectos amables de las virtudes con grande propiedad y energía, y cuando hablaba de estas materias parecía que hacía temblar al auditorio. Su elocuencia y delicadeza y variedad de conceptos y el buen modo de decir, admiró tanto, junto con su fervor y espíritu extraordinario, que un gran predicador que lo había sido en Madrid y vino á una principal Prebenda á este Reino, habiéndole oído, dijo para encarecerlo á su modo que le parecía haber oído el estilo de los Apóstoles; y así fué notable el fruto de sus sermones, con los cuales muchos entraron religiosos, en especial en la sagrada religión de los descalzos de San Francisco, á uno de los cuales le sucedió que topando en una calle de México al P. Cristóbal Gómez, se le hincó de rodillas en la misma calle pidiéndole la mano para besársela. El Padre, como tan humilde, admirado de semejante acción, le dijo: que para qué hacía tal exceso. A que respondió: no se espante vuestra Reverencia, que este hábito que tengo se lo debo á un sermón que le oí á vuestra Reverencia con que me convirtió. Replicóle el Padre: Dios es quien ha convertido á vd., que yo no soy sino como la quijada de Sansón, que era de un jumento; en que mostró bien el bajo concepto que tenía de sí mismo, y cuán bien entendía con San Gregorio Magno, que si no asiste el Espíritu Santo al corazón del oyente, ociosa es la palabra del predicador y Maestro *nisi Spiritus Sanctus adsit cordi audientis, otiosus est sermo doctoris*, y como esta asistencia del Espíritu Santo en los corazones de los oyentes, pida que esté primero en el del predicador por medio de la oración y trato con Dios, como enseñó San Agustín: *Sit prius orator quam doctor*, el Padre fué siempre singularmente recogido y retirado, gustando mucho toda su vida del retiro de su aposento, trato con Dios y sus libros, sin correspondencias ni otras ocupaciones exteriores ó seculares, sin visitar ni admitir visitas, teniendo como ajeno del predicador del Evangelio de Dios el continuar visitas que no fuesen necesarias; y así aprendió á predicar como el Bautista en el retiro de la celda. A este retiro juntó la pobreza evangélica y religiosa el Padre, siempre remendándose por sus manos hasta la vejez, y si el predicador ha de ser ángel en la pureza, muy grande ejemplo nos dió de la suya el Padre por toda su vida, así en el recato de su persona como en el despego de las criaturas, no solamente seculares sino religiosos, guardando también con caridad ese recato en la guarda de su lengua. La pureza y delicadeza de su conciencia fué grande, como declaraban sus continuas confesiones, su recurso al Superior en cualquier niñería y escrúpulo, y como lo más de su vida gastó en obediencia, aprendió muy perfectamente el arte de obedecer aunque fuese á un novicio, como se vió en esta su última enfermedad obedeciendo á un Hermano del noviciado. Labróle el Señor por estos años con varios achaques y enfermedades que el Padre llevaba con mucha conformidad con la voluntad de Nuestro Señor, y en su conversación, con sentencias de la Escritura y de Santos que traía muy á propósito, aliviaba ordinariamente sus trabajos y melancolías, procurando en cuanto podía no ser molesto á otros, y acudien-

do á predicar y hacer pláticas á los nuestros mientras pudo, con el mismo fervor y espíritu como si tuviera salud entera, con gran gusto y provecho del auditorio, como quien había sido uno de los más singulares predicadores que ha habido en este Reino. Cuatro meses últimos después de haber predicado la Cuaresma de 1637 en la ciudad de Pátzcuaro, se sintió muy falto de salud y viniendo por orden de la obediencia al Colegio de Tepotztlán, enfermó tan gravemente en el camino que no lo pudo proseguir y fué fuerza llevarle á un pueblo de indios diez y seis leguas de aquí, donde el beneficiado á quien parecía había prevenido Dios, le recibió y regaló con tanto amor y caridad como si fuera en un Colegio nuestro, y decía que pocos días antes, viendo que no pasaba ninguno de la Compañía por su pueblo, había dado una como amorosa queja á nuestro Padre San Ignacio, porque ninguno de sus hijos iba á su casa, disposición para recibir con tanto gusto al Padre dándole su mismo aposento y á detenerle casi un mes cuidando de su salud. Porque aunque luego que se supo en el aprieto en que el Padre estaba, se le envió por orden del Padre Provincial un Padre para asistirle y recaudo para traerle si pudiese, el beneficiado lo detuvo otros doce días hasta que pareció poder venir sin manifiesto peligro de su vida, como vino á hombros de indios. La enfermedad lenta le fué consumiendo poco á poco y purificando el alma más y más, hasta que al fin sintió y conoció que se le acercaba su muerte y llegaba su hora. Viéndose así, empezó con grandes veras á desear, *dissolvi et esse cum Christo*, verse desatado de su cuerpo y verse con Cristo. Significando el consuelo que sentía en verse en el retiro del noviciado, recibió el Viático y el Oleo santo, reconcilióse varias veces y cerca de las nueve de la noche pidió le dijese la recomendación del alma y luego tornó á pedir al Padre le mandase morir en obediencia, é instando en ello le respondió: muramos con la gracia del Señor, ya que parecía no podía durar más tiempo, y dentro de media hora con gran sosiego y paz, habiendo estado con su entero juicio y sentidos hasta poco antes de espirar, dió su espíritu al Señor. Murió á 10 de Febrero de 1638 años, habiendo honrado con su predicación á nuestra Provincia y dejado en ella ejemplos de mucha edificación y religiosa observancia; y quiero añadir aquí como quien escribe historia general de esta Provincia, que ha sido Nuestro Señor servido de favorecerla no sólo con haberle dado muchos varones de varios y grandes talentos, pero entre ellos de muchos predicadores de la palabra divina, que con celo santo la han predicado y hecho mucho fruto en las almas, con sus eminentes talentos de púlpito que con grande loor en servicio de Nuestro Señor ejercitaron por muchos años, cuales fueron el P. Juan Bautista de la Cajica, P. Luis de Molina y otros, cuyas vidas no escribimos aquí por no alargar con demasía la historia.